















# EL CÍRCULO SE HA CERRADO

Knut Hamsun









colecciónletrasnórdicas



# EL CÍRCULO SE HA CERRADO

Knut Hamsun

Nørdicalibros  
2017

Traducción de  
**Kirsti Baggethun y  
Asunción Lorenzo**





Título original: *Ringen sluttet*



Cofinanciado por el programa  
Europa Creativa de la Unión Europea

© Gyldendal Norsk Forlag AS 1936

[All rights reserved]

© De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - [info@nordicalibros.com](mailto:info@nordicalibros.com)

[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

Primera edición en Nórdica Libros: agosto de 2017

ISBN: 978-84-16830-77-0

Depósito Legal: M-24916-2017

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impreso en Gráficas Cofás (Móstoles)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





## PRIMERA PARTE

### I

Cuando la gente acude al muelle del barco costero no gana nada, pero tampoco pierde, se queda igual que estaba, tal vez con una depreciación por desgaste de calzado. No es que le perjudique, pero pocas veces obtiene algún beneficio. Una experiencia especial, una visión para dioses, ¿alguna que otra verdadera bendición? ¡No, no! Unas cuantas personas y cajas desembarcadas, unas cuantas personas y cajas embarcadas. Nadie dice nada, ni el piloto en la borda ni el despachante en el muelle necesitan palabras, se limitan a mirar los papeles y a hacer gestos afirmativos con la cabeza.

No ocurre nada más.

La gente sabe más o menos lo que va a ver cada día, y, sin embargo, acude.

¿Nunca ocurre nada más?

Bueno, a veces el organillero ciego al que guían por la escala y causa revuelo entre los niños, o algún apuesto deportista que abandona el barco con esquís y mochila, aunque sea mayo y con la Semana Santa ya muy atrás en el tiempo.

Pero nada más.

Aquí hay ya mucha gente. Además de niños de todas las edades, también acuden personas mayores y padres, comerciantes y pescadores, un par de aduaneros a dar vueltas para pasar el rato, el fotógrafo Smith con esposa e hija, y muchos más. En alguna rara ocasión aparecía también el capitán Brodersen, que había pilotado la bricarca *Lina*, pero que ya la había amarrado para convertirse en farero en el faro cerca de la

### II





ciudad. Habla un rato con el aduanero Robertsen, al que llama piloto, luego se mete en su barca y rema de vuelta al faro.

Tampoco escasean las chicas jóvenes: Lovise Rolandsen, una joven alta y casadera, hija de un artesano, un poco seca y huesuda, pero de ojos azules y muy buen partido. Solía llegar acompañada de Lolla, que no era guapa de cara, pero que tenía un cuerpo y unos pechos..., daba la impresión de ser capaz de relinchar. Cuando el apuesto deportista bajó a tierra, ella cambió el peso de pie dos veces y fijó la mirada. El farmacéutico, ese jocosos tunante, decía de ella que estaba sobrecualificada.

Pero lo que predominaba eran los niños con todo tipo de indumentaria, azul y roja, amarilla, negra y gris. Serían unos veinte, niños hermosos, más niñas que niños, algunas de ellas grandes y ya enamoradas, paseándose con chicos mayores. Una hija del boticario estaba muy solicitada, se sentaba en una caja y recibía. Se llamaba Olga, y los demás se dejaban guiar por ella. El hijo del farero intentaba captar su atención, pero no lograba destacar por nada. Un chico descarado, pecoso y aún sin confirmar, además, le estaba cambiando la voz, de forma que perturbaba el ambiente, decía Olga. La joven no lo soportaba. ¿Por qué no volvía a casa con su padre? ¡Mira, por ahí va remando!

Abel callaba.

Pero no siempre era así. Solía discutir con Olga de cualquier cosa desde que eran mucho más jóvenes que entonces. Un día, ella se jactó de que su padre era capaz de tirar una piedra a una urraca y acertar. Pues mi padre sabe trucos de naipes, dijo Abel.

Habían vivido juntos muchas cosas en el transcurso de unos años de infancia llenos de experiencias. Los dos eran igual de culpables cuando robaban zanahorias del jardín de la finca de los Fredriksen y luego no lo confesaban. Juntos ahogaron al gato. Era un gato macho enorme que le arrancó el





pecho al gato de Olga, que también era macho. Obviamente un acto asesino de esa clase no podía realizarse sin voto de silencio y en la oscuridad de la noche, porque el gato era un gato ilustre y pertenecía a la Oficina de Aduanas. No tenían miedo a nada: una buena piedra pesada en un saco, luego el gato también dentro del saco, una cuerda atada y todo el fardo tirado por la borda a aguas profundas. Volvieron al muelle remando cada uno con un remo y lo hacían igual de bien los dos, pero a Abel le sangraban las manos.

Por ese servicio podría haber conseguido un agradecimiento algo más duradero de Olga, pero unos días después lo echó todo a perder. La chica había conseguido subirse al tejado de un cobertizo donde los solares, y Abel se quedó mirándola por debajo de la falda y riéndose, en lugar de ayudarla a bajar, ella se enojó tanto que no tuvo cuidado y saltó directamente encima de él, haciendo que los dos cayeran al suelo y acabaran sangrando en medio de ortigas y restos de cemento.

A raíz de aquello estuvieron enemistados una buena temporada. Pero como se sabe, el tiempo transcurre y todo vuelve a la normalidad, y ellos crecieron y maduraron. Iban al cine, veían ladrones y carreras de caballos y montaban con los demás en los tiovivos abajo, junto a los solares. La hija del boticario vestía con un poco más de elegancia que el resto de las chicas, incluso que Lovise Rolandsen y Lolla, que ya eran adultas. Pero Abel no había cambiado gran cosa. Aunque no era precisamente atractivo, sus amigos apostaban por él porque siempre estaba dispuesto a ayudar y tenía recursos para todo en momentos de apuro. Un verano, durante la recogida de huevos, estuvo junto con otro chico en peligro de muerte, pero eso ocurrió después de que aprendiera a nadar, de modo que se salvó a sí mismo y a su amigo. Tenía unas manos curiosamente pequeñas, fuertes y con las palmas fibrosas, pero rápidas como las de un ladrón.





Se le respetaba menos que a Helmer, que ya trabajaba de aprendiz con el herrero, y sobre todo menos que a Rieber Carlsen, que estudiaba bachillerato y llegaría a ser algo. Pero la verdad es que esos caballeros eran mayores que él. Aunque tampoco podía competir en estima general con Tengvald y Alex, que sí eran de su misma edad, ¿a qué se debía eso? Se les daba más educación en casa y llevaban el calzado más nuevo, siempre recibían alguna que otra moneda de sus tías y tíos, y en los bocadillos que se comían en el colegio había a veces caras rodajas de plátano. Pues no, Abel no tenía nada de la distinción de este mundo, él venía del faro, donde su padre vigilaba la lámpara de noche y dormía de día, y llevaban una vida de gente humilde. Así era.

De todos modos, el farero Brodersen podría haber sido un poco más generoso si hubiera querido. Pero no quería. Así de ahorrativo era.

Brodersen se había vuelto a casar hacía catorce años. De su primer matrimonio no tenía hijos, del segundo tuvo a Abel. Había pilotado la bricbarca *Lina* durante muchos años, de lo que obtuvo beneficios, y la gente opinaba que era muy acaudalado. Tal vez lo fuera, pero no hacía ninguna ostentación, y mantenía a su hijo Abel de un modo muy miserable.

Pero Abel no estaba acostumbrado a otra cosa y no parecía descontento. Opinaba que el faro en la isla era tan bueno como una casa en la ciudad, y además, gozaba de rarezas con las que los habitantes de la ciudad ni siquiera podían soñar. ¿Qué tenían ellos en comparación con él? Presumía ante sus amigos de su lugar en el mundo, decía que era el único sitio para él, que no se cambiaría por ellos, mostraba indiferencia ante sus casas. Es verdad que la del boticario era grande y con balcón y anexo, pero Abel no se dejaba impresionar.

Siempre estás diciendo mentiras sobre ese faro tuyo, decía Olga.



Ven a verlo, decía Abel.

Y tanto hablaba de ello que un día Olga reunió a unas cuantas chicas y todas lo acompañaron al faro. También se llevó a Tengvald, que era una persona más que estimada entre los de su edad.

La visita no fue un fracaso, el paisaje de la isla era reducido y extraño, y ofrecía rincones escondidos entre los despeñaderos. Resultó divertido observar a los puercoespines y los conejos, y hermosos eran los numerosos arbustos ornamentales que se habían plantado en los amables trozos de tierra. Había también restos de un cúter naufragado que ahora se utilizaba de establo, se veían multitudes de gaviotas que volvían cada primavera a poner sus huevos, y se escuchaba un eterno murmullo del mar, todas cosas desconocidas y extrañas para los chicos.

Sí, dijeron Olga y las chicas, esto es diferente a lo nuestro.

Pero tampoco era tan impresionante como para perder el habla. ¿Para qué es este agujero? ¿Es el pozo? Sí, pero cuando las gaviotas vuelan sobre el pozo y dejan... quiero decir...

¡Ja,ja,ja!

Ni un pequeño camino, sólo piedras y más piedras, Abel, tendrás que perdonarnos, pero...

Aún no hemos entrado en casa, dijo Abel.

Entraron y subieron a la torre a toda prisa. Se llevaron una decepción. El farero les explicó cómo funcionaban la lámpara y la pantalla giratoria, pero era demasiado pronto para encenderla y no pudieron ver la enorme luz que proyectaba sobre el mar. Será sólo una gran lámpara, debieron de pensar.

Aún no hemos visto la sala de estar, dijo Abel.

Bajaron a la sala. Había en ella una gran colección de curiosidades que el farero se había traído de países lejanos



por cuatro perras, algún que otro mueble de los salvajes de Australia, un barco dentro de una botella, cocos vaciados. Abel explicó lo que había oído contar a su padre, pero los chicos no mostraron interés alguno.

Tenemos que volver a casa antes de que se haga de noche, dijo Tengvald.

Las chicas metieron por fin la nariz en la cocina, luego en los cuartitos, pero la puerta de uno de ellos estaba cerrada con llave, la madre de Abel no siempre estaba sobria.

Un hogar de contrastes ese faro de la isla: el padre seco y ahorrativo hasta la tacañería y la madre dándose a la bebida por su enfermedad del pecho y su soledad. Tenía sólo unos cuarenta años.

Cuando llegaron las vacaciones de Navidad todo se torció, volvieron a casa los que vivían fuera, y Abel se convirtió en nada, como antes. Lo llevaba razonablemente bien, pero no era tan mayor ni tan sensato como para mantenerse a distancia, se dedicaba a importunar y era rechazado. Por fin había conseguido una gorra nueva, pero los otros tenían sombrero, y Tengvald además zapatos nuevos.

El invierno transcurrió de una manera u otra. La verdad es que en aquella época Abel pasaba a veces muy buenos ratos con Lili. La chica era algo más joven que él, pero alta y guapa para su edad, y tan buena que escuchaba lo que él le decía, y como vivía al otro lado del brazo de mar y muy alejada de la escuela, Abel la cruzaba de vez en cuando en su barca. Es muy amable por tu parte, decía ella. No tengo mucho que hacer, decía él.

Las cosas se torcieron de nuevo en las vacaciones de primavera, primero en las de Semana Santa, y luego en las de Pentecostés. Podría haberse quedado en su casa en el faro durante esos días para no verse expuesto a nada, pero no era lo suficientemente sensato para eso, le tentaba el muelle







cuando llegaba el barco correo. Tenía a las chicas en su contra. Por ahí viene Abel, como no, decían al avistarlo. Sólo habla de su faro, decía Olga. Y cuando se sentaba con ellas y hurgaba con un palito en la arena, la chica decía: ¡Uf, nos estás llenando de polvo!

En ese sentido Lili era completamente distinta, una chica buena con la que se podía estar. A pesar de ser una bruja, Olga era en aquellos años la única. Abel era incluso capaz de renegar del faro y hablar despectivamente de la lámpara, las gaviotas y los conejos. Cuando llegaba, lo recibían con risas: ¡Qué os decía, como siempre hablando del faro!

No importaba adonde se dirigiera, siempre se levantaba un muro ante él.

Una tarde paró a Olga, tenía algo para ella, la pulsera de oro que había robado a Jesús en la iglesia. Una vieja solterona, hija del párroco, en agradecimiento por algo había colgado su valiosa pulsera en la figura de Jesús, y allí seguía, colgando de su muñeca durante toda la primavera, porque como se trataba de un lugar sagrado y de un hermoso y piadoso regalo, nadie se había atrevido a quitarla de allí.

Pero Olga no tuvo valor suficiente para coger la pulsera de la mano de Abel y darle las gracias. Naturalmente se la probó y se le humedecieron los ojos, y le palpitaba el corazón y todo eso, pero se la devolvió y dijo: ¡Qué cosas se te ocurren!

Abel calló.

No la quiero, dijo la chica, cuélgala donde estaba.

Abel calló. Estaba pálido y decepcionado.

Déjame verla otra vez, vaya, y me está bien, pero tienes que entender que... ¿Cuándo la cogiste?

Ahora, en Pentecostés, contestó él.

Nunca he visto nada igual, ¿trepaste para cogerla?

Abel confesó de mala gana y con interrupciones que se quedó encerrado a propósito en la iglesia el domingo de





Pentecostés, robó la pulsera por la noche y salió de la iglesia el lunes, durante la misa mayor. Estaba hecho un rufián, impío, más que impío.

Completamente alterada, Olga le preguntó: ¿Te quedaste en la iglesia por la noche? ¿No pasaste miedo?

Por un instante a Abel le tembló la boca, pero hizo un movimiento con la mano como dando un puñetazo al aire.

¿No viste nada?

Abel callaba.

Olga concluyó: En todo caso estás loco. ¿Cómo vas a poder colocársela de nuevo a Jesús?

No lo sé, contestó descorazonado. Y por segunda vez estuvo a punto de echarse a llorar.

Tenemos que hacernos con la llave de la iglesia, dijo ella. ¿Crees que podrás conseguirla?

Abel contestó: Creo que sí. Está en casa del diácono.

Se unieron en el intento de reparar lo ocurrido, de enmendar la mala acción. El chico logró robar la llave de la iglesia de una pared con tanta rapidez como había robado la pulsera de la muñeca de Jesús. Olga iba de ventana en ventana de la iglesia vigilando, mientras él colgaba la pulsera en su sitio.

Pero no se ganó ningún favor duradero de ella por su delirante ocurrencia, al contrario, la chica lo amenazaba a veces maliciosamente insinuando que sabía algo de él que podía acarrearle un castigo. Ella era una maldita bruja y él tenía que apartarse de ella.

Día tras día llevaba a Lili a su casa remando, con el fin de estar con alguien. La vivienda de Lili sólo tenía dos ventanas y una sola estancia, era la más pequeña de todo el lugar, su padre trabajaba en la serrería, y no tenía una casa grande, nada de eso. En una ocasión Abel la acompañó hasta dentro, llevando dos panes que la chica había comprado en la ciudad. En aquella casa no había mucha opulencia, olía





a algo raro, el reloj se había parado, la cama estaba sin hacer. En la mesa, colocada junto a la ventana, había alimentos y prendas de vestir, todo revuelto, y en la ventana se veían unas patatas cocidas con piel.

Lili parecía sentirse incómoda. ¿Quieres sentarte?, le preguntó, como tanteando. ¡Madre, qué pinta tiene esto hoy!

¡Sí que es verdad!, corrobora su madre. Pero acabo de entrar y aún no he tenido tiempo de limpiar la casa. Hoy me toca lavar.

Mi madre lava la ropa de algunos trabajadores eventuales de la serrería, explicó Lili.

Alguien tiene que ocuparse de eso, dijo Abel, hablando como un adulto.

Pues sí, se consolaba un poco con Lili durante esos malos días en los que no tenía a nadie más. Y el que ella viviera tan miserablemente estaba bien, significaba que no era de la gente fina. Lili era buena y tranquila. Incluso cuando un día más tarde aquel verano la besó, ella no se alejó asustada de él, sólo se tapó los ojos con la mano. Abel se sintió tan avergonzado por lo que acababa de hacer que se vio obligado a darle un pequeño empujón, a gritar tú la llevas y a alejarse corriendo.

Pero el tiempo pasa, verano, invierno y años enteros. Olga no le rompió la visera de la gorra a propósito, y cuando él descubrió la desgracia y soltó una débil risa, ella al parecer dijo: ¡Te lo tienes merecido! Pero luego lo lamentó de veras. La visera de la gorra colgaba una mitad a cada lado, mostrando un lamentable aspecto.

Él se metió en su barca, la achicó y remó hasta su casa. Al día siguiente estaba de nuevo en el colegio, tan entero como siempre. Se había puesto la gorra al revés, pero la visera seguía colgando igual que antes, ofreciendo un lastimero espectáculo.





Olga lo llamó aparte y le dijo: Puedes pegarme si quieres.

Abel contestó con una expresión que había oído en el muelle: ¡Cuando yo pego, hago un agujero! Y la dejó plantada, dándoselas de hombre.

¡Bah!, gritó ella detrás de él, en la visera no había más que cartón. ¡Cierra la boca!

No es más que cartón barnizado.

Tu padre vende loción contra los piojos...

Fue Lili la que dio con el remedio: Puedes comprar una nueva visera en la tienda de Gulliksen. Eso hizo mi padre una vez.

¿Cuánto le costó?

No lo sé. Pero yo te la puedo colocar.

Eres muy buena por ofrecerte a hacerlo.

Abel recibió la confirmación el mismo verano que Olga. El diácono les impartió la formación en el colegio y Olga no sabía nada y se ponía roja como un tomate cuando le preguntaban algo. Él la salvó una vez haciendo que todas sus cosas se cayeran del pupitre y el diácono se enfadara. Ella nunca sabría que lo había hecho por ella. Desde luego Olga era una bruja, pero se sentía incómodo al verla en apuros ante Pontoppidan, pues ella sabía mucho más que el viejo diácono cuando se trataba de otras cosas, ya era toda una mujer, usaba perfume y tenía tarjetas de visita que iba repartiendo por ahí. Ahora que Olga había recibido la confirmación, se iría de viaje con su madre.

Yo también voy a viajar, dijo Abel.

¿Tú? ¿Y adónde vas a ir tú?

Voy a embarcar, contestó.

Era verdad que iba a embarcar. No le quedaba otra salida, pues su padre pensaba que no podía permitirse el lujo de tenerlo más tiempo en casa. Pero lo cierto es que coincidía con el deseo de su hijo.